

¿Por qué soy demócrata?

MÁXIMO

El les dijo: «Los reyes de los pueblos los tiranizan, y los que los avasallan se llaman bienhechores. No será así entre vosotros. Antes bien, el mayor entre vosotros hágase como el más joven, y el que preside como el que obedece».

Lucas 22, 25-26

I

¿Y CÓMO PODRÍA NO SERLO? ¿Acaso hay otro modo, civilizado y libre, de ser persona? ¿Acaso la convivencia humana puede basarse en otros principios que el de igualdad y el de reciprocidad? ¿Acaso los hombres nos dividimos en dioses, héroes y mortales, que justifiquen mitológicamente la teocracia, la aristocracia, la oligocracia, el absolutismo mágico o las dictaduras carismáticas?

Si alguien cree en clases, estamentos, masas amorfas y minorías selectas, como estratificaciones específicas dotadas de destinos manifiestos, quizá tenga razones para sostener que unos deban mandar y otros obedecer. Yo no creo en vanguardias dogmáticas ni en clases perennes llamadas a salvar al mundo o a conducirlo. Por algún lado hay que romper la dialéctica amo-esclavo, dirigentes-dirigidos y no es en la lucha a campo abierto, sino en la democracia bajo techo. Decía Rilke que tener un jefe debía de ser como vivir en una casa de techo demasiado bajo. Tener un subordinado debe de ser bastante embarazoso para un hombre sensible.

Porque soy un hombre entre los hombres, ni superior ni inferior, y

soy un hombre con los hombres y no contra ellos, soy demócrata. Porque creo en la igualdad de los hombres y porque considero aberrante la hostilidad entre los iguales, soy demócrata (aun a sabiendas de que algunos hombres se sentirán desiguales a otros hombres y tratarán de luchar contra los que consideran superiores o inferiores para destruir o perpetuar esa delirante jerarquía).

El demócrata es tenaz en su idealización de una sociedad conciliada, deportiva y común. Sabe y ve, que su acuarela imaginaria no coincide con el chafarrinón real. Sabe y ve que hay codicia, desprecio y ferocidad en muchos hombres, por no decir en todos. Pero sabe y ve también que hay solidaridad, respeto y calma en otros muchos, potencialmente en todos, salvo patogenias irredentas, si es que existen.

El conocimiento de la realidad hace que el demócrata sepa que la democracia es una utopía. Pero su consciencia de que la realidad es más compleja de lo que cree Horacio, según Hamlet, y de que la realidad es transformable, hacen del demócrata un ojeador permanente de ese horizonte utópico y un caminante vitalicio hacia ese lugar al que quizá nunca llegue. La democracia posible y real sería ese valle o páramo que iríamos prolongando todos juntos, como huerto y como erial, con nuestras luchas, códigos, reyertas, treguas, gritos y consensos hacia un lejano Oeste.

Nuestros intereses son aún diversos. Nuestras idiosincrasias son aún míticas. Nuestro respeto a todos y a cada uno de los hombres no es aún, por extraño que parezca, tan firme y natural como el que consideramos exigible a los demás cuando se relacionan con nosotros. De ahí que la democracia sea aún solamente, pero ya es mucho, una teoría aceptada, un reglamento admitido y un proyecto plural que se realiza sobre la marcha.

Cuando ya no haya lucha de clases, ni haya izquierdas ni derechas, ni los hombres exploten a los hombres, ni las huelgas existan. Cuando toda marginación esté integrada y el terrorismo y el genocidio dejen de ser considerados prolongación de la política por otros medios. Cuando estos sencillos prodigios y algún otro haya asombrado a la historia, entonces la democracia habitará en la tierra, las fronteras al fin caídas y los hombres ya casi maduros para cooperar y entenderse, para competir sin matarse, para disentir sin aborrecerse ni insultarse.

¿Será la democracia una moral? Yo sólo quiero verla como una aritmética y como un reglamento. Pero quién sabe. Ya veremos. De todos modos, queda lejos de nosotros, probablemente, la democracia luminosa de este exaltado preámbulo. Queda muy cerca, en cambio la democracia claroscuro en la que estamos. Son la misma construcción de madera en dos momentos de una historia. Sólo que aquella que quizá no

veremos está como terminada y barnizada. ¿Será un poco aburrida? Nosotros tenemos la relativa suerte de estar aún afanados con clavos en ésta que nos traemos entre manos.

II

Voy a contarles un cuento... Corría un año muy próximo a éste y en un país imaginario llamado España había elecciones tal día como aquel. Resplandecía el sol en el reino pero el ciudadano de nuestra historia, al que podríamos llamar Juan, amaneció macilento. La democracia, que era joven en aquel país, había irrumpido unos años antes como la libertad en el famoso cuadro de Delacroix, con dos pechos pujantes y al aire que a todos *nos* alegraron y levantaron la moral –irrumpe el autor omnipresente, aunque en seguida continúa el relato en tercera persona.

Para Juan la democracia española no es que hubiese envejecido, pero había perdido brío y esplendor y se tapaba los pechos con un abrigo. Sus acompañantes, ayer mozos entusiastas y nítidos, a la sazón se habían tornado desgastados y confusos, y las ideologías, ideas o ideales que poblaban sus partidos, y ellos otrora encarnaran, también parecía como si hubiesen perdido gas. En resumidas cuentas, que Juan no sabía a quién votar. Pensó Juan incluso abstenerse, por una vez en la vida. O votar en blanco, el voto exquisito del unicornio. Así pasó entre zozobras doctrinales y mosqueo cívico los días anteriores a la gran consulta y aún la mañana entera y parte de la tarde del día de urnas.

Por alguna inercia o involuntario magnetismo, Juan salió de su casa cerca de la siete p. m. y se encaminó parsimoniosamente al colegio. Si no iba a votar, ¿por qué diablos se encaminaba a donde iba?, se preguntaba el autor omnipresente y se decía a sí mismo el mismo Juan. Los colegios cerraban a las ocho y Juan llegó al suyo como a las siete y cuarto. Pensaba, sopesaba, calibraba, entegraba, retiraba, cambiaba veinte veces el sentido de su voto hipotético mientras iba y venía, meditabundo y responsable, por la acera de enfrente del colegio electoral. Era verano, votaban los rezagados, Isabel Preysler, poca gente ya... Dios, y qué día más luminoso y cálido. Entró Juan en el bar contiguo al colegio. Eran las ocho menos doce minutos del día histórico. Pidió una tónica. Al fin encontró una salida honesta: solución no había. ¡Dejaría el voto en depósito! Dejó el billete y salió disparado sin esperar las vueltas. Faltaba... nada, un segundo, cuando Juan vio cómo el presidente de la mesa metía la papeleta en la urna. «Ha sido usted el último, caballero. Un segundo más y no vota».

«Pero he votado», pensó Juan con una satisfacción extraña. Aún

quedaban casi dos horas de claridad y estaba en calma la tarde y las gentes endomingadas y remolonas que venían a votar. «No ha sido un voto óptimo, pero ha sido un buen voto», le dijo Juan sonriente al camarero malencarado que le servía la caña, que no le contestó. Había encontrado una mesa libre en la terraza de casualidad. «Un voto apenas es nada, pero el síndico de la Bolsa (que también votaba allí) ha tenido hoy la misma cantidad de poder para confirmar o cesar a Leguina que yo». Era curioso que el voto de un pelanas pudiese influir de algún modo en la biografía de un ministro, o del presidente del Gobierno. Nunca había visto tan bulliciosa la terraza. La asistenta de Juan le saludó desde otra mesa, con su *gin-tonic*, quizá, guapa y elegante, con un señor. En el colegio aquel en el que Juan votaba confluían tres zonas de un mismo barrio de Madrid, y este «interclasismo» –que diría Herminio– del punto y el momento, llevó a Juan también por la cerveza a un elucubrate monólogo.

Se habría perdido esta teoría, lo más seguro, si no hubiese aparecido oportunamente su amigo Herminio Gil, periodista y tertuliano, a quien le colocó el rollo.

– Te parecerá fuerte, pero he visto claro que en la votación, en este acto tremendo y soberano de votar, está el poder concreto que podemos ejercer. Un poder que no es retórico ni simbólico, sino matemático y determinante.

Herminio al fin no había votado. Llamó al camarero con un gesto.

– Es más –siguió Juan– he visto en todo este ritual la gran metáfora revolucionaria. Es más, la metáfora hecha evidencia, si me apuras un poco.

Herminio miró a Juan, el culo de una chica que pasaba, extendió las piernas y pidió un vodka doble.

– Sí, mira, nos pasamos el día opinando (tú sobre todo) y eso no sirve para nada. La única opinión que transforma la realidad o mueve cuando menos el banquillo es el voto. Es un poder pequeñito, pero es decisivo y no hay otro. Pero es que, además, he estado aquí sentado y he visto en el acto magnífico de votar el milagro en la tierra, por un día, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

– Coño.

– Sí.

Y aquí Juan le dijo a su amigo que igualdad porque todos los votos valían lo mismo. Que libertad porque cada cual votaba lo que le parecía. Y que fraternidad porque ante la urna se cruzaban desconocidos que se sabían socios del mismo negocio y se reconocían. Herminio no venía nada especial en las visiones de Juan. Juan no era periodista, ni juriscon-

sulto, ni catedrático de Analogías Comparadas. Juan era agrimensor en paro y Juan tuvo que pagar lo consumido y rematar abreviando:

– Uno: Ningún voto vale más que otro, Herminio. Nadie tiene dos votos o carece de uno. Es idéntico el voto de Mario Conde que el de un botones de Banesto, el del cardenal primado que el de una presa de Yeserías. Eso es igualdad, creo: un momento igualitario de la humanidad. Dos, libertad: nadie puede obligarte a votar una cosa u otra. La reflexión es individual, el voto es secreto, el escrutinio es fiable, ¿no? ¿No es un momento asombroso de libertad? Y tres: es un día que amanece distinto. Hay un aire parado en el aire, una fiesta que no es normal. La gente parece más civilizada y simpática, al menos no ladra, no muerde, los vecinos se hablan en el ascensor. Coinciden en el mismo sitio gentes que no suelen coincidir. Se acepta de antemano el resultado. ¿No es eso, por un día, fraternidad?

Juan no pareció impresionar a Herminio con su charla, pero al día siguiente, cuando Juan puso la radio Herminio decía:

– «Un hombre, un voto». Parece una tontería, perdón, una insignificancia, pero cuando usamos la papeleta se toca, aunque sea infinitesimalmente, poder auténtico. Incluso yo diría que al votar se vive un insólito momento revolucionario: libertad, igualdad, fraternidad... Dejadme que me explique.

fin del cuento

III

Soy demócrata porque no soy antropófago. Soy demócrata porque no quiero mandar ni que me den órdenes. Soy demócrata porque creo en el diálogo y en el recuento, en las mayorías y en las minorías como sujetos de proporción variable y respeto permanente.

Dicen que Churchill dijo que la Democracia era el peor de los sistemas políticos si excluíamos todos los demás. O sea, que no conocía nada mejor en su género. Recuerdo aquella reflexión valorativa acerca del sexo: «tiene que ser lo mejor del mundo; porque si hubiese algo mejor, ¿se sabría!». Churchill tenía un gran sentido del humor. Y el humor es cortesía filosófica y disponibilidad intelectual. Cuenta un cronista que «con ocasión de una ceremonia religiosa muy solemne, el orador oficial ensalzó a Churchill –que estaba presente–, calificándole de «pilar de la Iglesia». Cuando le llegó el turno al primer ministro, éste corrigió el elogio diciendo que como los pilares estaban exclusivamente en el interior de las iglesias, lo único que podía llamarse a él, a lo sumo, era

contrafuerte. Churchill dijo, si es que lo dijo, que la democracia era el menos malo de los sistemas políticos. Pero seguramente pensaba que era bastante bueno, y que no sólo era el mejor de los sistemas, sino que era el único admisible y exigible a las alturas de su tiempo. A las nuestras yo me atrevo a agregar que es el único que no es inicuo.

La segunda cita más famosa sobre el tema entre los politólogos de café es la de Borges y la estadística. Borges es un monstruo de la prosa castellana (y de la poesía) y uno de los cerebros más preclaros de la historia del mundo. Es temerario desdeñar nada que haya dicho y en su famosa frase sobre la democracia y la estadística es posible ver, aun no estando de acuerdo, el sutil transfondo del concepto espeso. Esto fue exactamente lo que Borges dijo: «Me sé del todo indigno de opinar en materia política, pero tal vez me sea perdonado añadir que descreo de la democracia, ese curioso abuso de la estadística». Escribió esto Borges en 1976 y dice «descreo» de la democracia, un matiz muy borgiano, como si ahora no creyese en algo que pudo haber creído antes... Se pronuncia contra la dictadura en 1946. En el 76 estaba a favor. En el 81 «descreo» de nuevo, esta vez de los despotismos, aunque el ilustrado, si fuese posible, no lo vería mal. De 1984, en fin, son estas palabras: «Siempre pensé que la democracia era un caos provisto de urnas electorales, escribí que era un abuso de la estadística, pero hoy en la Argentina es un milagro, ahora nos es permitida la esperanza».

Y el caso es que, modesta o inmodestamente, yo estoy de acuerdo con Borges sólo conque el maestro me permita poner uso donde él escribió abuso. Eso es para mí, en principio, la democracia: un uso de la estadística: una aritmética, antes que una ética.

Si no se hubiesen inventado los números, si el hombre no supiese contar, la democracia no sería posible. Los dictadores, los fanáticos, no creen en los números ni en la estadística. Dicen: «El pueblo está conmigo», así, a ojo. Franco, asomado al balcón de la Plaza de Oriente, exclamaba: «¡Qué mayor plebiscito!». «La gente está con la ETA (o con el GAL)», así porque el que lo dice lo supone. Pero el pueblo no existe, ni la gente. Ni el electorado siquiera existe como ente unitario capaz de pensar o de decidir. Me lleno de estupor, para no reirme (soy tan educado) cuando oigo decir que «el electorado», muy inteligentemente, ha decidido no dar a ningún partido la mayoría absoluta; o considerado que ha llegado el momento de la alternancia. ¡Como si el electorado fuese el Orfeón Donostiarra y votase por oleaje único! El electorado existe como resultado, no como propósito. Y como resultado de reflexiones y actos unipersonales, secretos, libres, aislados e imprevisibles en lo individual, pese a las encuestas.

Cuando decidimos que todo hombre tenía un voto y sólo uno y del mismo valor y que mediante él todo hombre se expresaría sobre el procomún, dimos un gran paso en la biología, la sociología, la filosofía y la democracia: un paso de higiene mental y sentimental, un paso lógico y un paso clarificador y aritmético.

Cuando comprendimos que el derecho a ese voto, a esa unidad de poder o de soberanía, se basaba en nuestra pertenencia a una comunidad y no al lugar que ocupábamos en la misma, a la mera existencia del individuo y no a mérito o demérito alguno, empezamos a constituirnos como sociedad civilizada, fuimos al fin hombres «acceptantes y aceptados» que diría Eliot: la democracia ganó en asepsia, en diafanidad, en representación gráfica de una geometría cabal.

Cuando los derechos a elegir y a ser elegido confluyeron en el mismo sujeto y en todos los ciudadanos, y la opción por uno u otro papel sólo dependió de la voluntad del optador, sin que haya más requisito para una y otra función que la pertenencia a un censo legal, dibujamos en la pizarra una teoría interminable de números idénticos, la gran ecuación de números idénticos, la gran ecuación de la igualdad ante el poder.

Cuando contamos los votos blancos y verdes y amarillos, con el temblor de saber que había un ciudadano o ciudadana en cada uno, e hicimos tres montones, y supimos así cuántos amarillos y verdes y blancos había y en qué proporción. Cuando tras el recuento supimos quién era la mayoría y aceptamos que preponderasen sus deseos. Cuando el montante de las minorías estuvo claro y supimos que sus deseos serían respetados. Cuando allí se vio, numéricamente, cuál era la distribución proporcional de la voluntad general, y nos aprestamos a vivir con arreglo a aquellas cifras y gráficos, y a de nuevo repetir la operación contable cada y cómo y cuándo dijese la ley, entonces inauguramos la democracia aritmética, base sin la que no es posible esta, tan necesaria, democracia moral.

Aritmética y respeto: éstos son para mí los dos componentes genesíacos de la democracia, con los que trazar y poblar el jardín complejo. Pronto y rápido: Yo no creo que la democracia tenga por fin conseguir en cada momento el mejor de los gobiernos. La democracia sólo posibilita que gobierne en cada momento lo que un mayor número de ciudadanos quiere.

La democracia es un método neutral, no una garantía salvífica. Cuenta voluntades, no pesa esencias. Cuando se ironiza sobre una presunta asamblea republicana sometiendo a votación la existencia de Dios, la ironía sobra. Naturalmente que la demostración de tal misterio no está al alcance de una votación asamblearia. Ni siquiera el cónclave vaticano

podría iluminar el asunto de una vez por todas. Lo que si podría esclarecerse en tan legendaria sesión del Ateneo de Madrid es cuántos ateneístas eran creyentes, ateos o agnósticos o cuál era el panorama religioso español de la época, a través de este singular areópago. Y a tenor de tal escrutinio, saber si una determinada España había dejado de ser católica o no y en qué proporción, más o menos.

Es cierto que a este respeto por el hombre y el número hemos llegado tras el ruido y la furia de nuestro ancestral salvajismo (aún vigente) y merced también a nuestra no menos ancestral e instintiva inclinación a reflexionar en silencio, a idear proyectos de organización y a discutirlos. Así hemos llegado, mientras nos matábamos en otros descampados, a inventar la Ley, el Derecho, a establecer cánones de convivencia que van desde la Carta Magna o cartas pueblas hasta la Declaración Universal de los Derechos Humanos, algo que también ha hecho la ONU además de dar traspies en Africa o los Balcanes, y con cuyo cumplimiento por sus estados miembros cualquier demócrata severo se daría con un canto en los dientes.

IV

De proclama en proclama y de solemne documento en solemne documento (con la amena intercalación de despotismos y fascismos), hemos llegado a esa tolerancia ambiente que, dentro de lo que cabe y en líneas generales, nos empieza a poner a punto para la democracia. Al menos en nuestro solar y espacios del entorno parece que abundan ya muchos más los tolerantes que los energúmenos.

Sólo que a mí la tolerancia, no sé, me sabe a poco, no acaba de gustarme. Yo prefiero el respeto, que sienta la igualdad, va de sur a norte y de este a oeste, nunca de arriba a abajo, posiciones que me parecen muy poco democráticas. El respeto no tolera, patricia y bondadosamente. El respeto convive, sin más problemas, al constatar.

La tolerancia parece que siempre va de arriba abajo, de culto a inculto, de moderado a radical, de rico a pobre, y así sucesivamente. El tolerante suele arrogarse (no se sabe muy bien por qué) la virtud de tolerar, casi siempre a alguien que él considera que está equivocado o que está algunos escalones por debajo de él en el escalafón o que es deficitario en algo, aunque él le perdone los defectos con magnanimidad y le admite, le acoge, le «tolera». La tolerancia es una virtud señorial, no un signo democrático. Con el liberalismo pasa un poco así. Yo sólo creo en el liberalismo obvio. En cuanto alguien se autonombra liberal yo siempre lo veo de perfil, con levita, en un cuadro del siglo XIX. Yo no conoz-

co a ningún número que sea tolerante con el presidente del consejo de administración de Hullas del Norte y desde luego la señora marquesa pediría las sales si se enterase de que los sindicatos son liberales con la aristocracia.

De la tolerancia y el liberalismo me parece a mí que podríamos pasar al individualismo más crudo. Individualismo para todos, claro, como objetivo y como ejercicio.

(Entre paréntesis diré que es muy saludable vivir como si la democracia y la igualdad ya fuesen plenas sobre la tierra. Conviene adelantarse a la legislación inédita, tener la libertad que uno se toma y no ser mezquinos a la hora de teorizar. La teoría es gratis).

No quiero decir que se imponga ese individualismo para todos, que sería el socialismo. Socialismo = individualismo para todos. Socialismo = democracia avanzada. Calma, si algún conservador, y también demócrata, me leyere. Yo también soy demócrata como usted y no quiero que la democracia avanzada se le imponga a nadie contra su voluntad y estoy dispuesto a esperar un par de siglos o los que sean, y si no interesa acelerar la utopía, pues no se acelera. Tampoco piense usted, ustedes, vosotros, que ahora saco aquí apriorismos ideológicos y me cargo la asepsia democrática y el tono mesurado, ingenuo si les parece y a veces un poco lírico de esta perorata que pretendía ser democrática.

Sí, ya sé, que se ensayó esta democracia avanzada en este siglo y fue un desastre. Entre otras cosas porque se quiso establecer sin ni siquiera admitir como método la democracia atrasada, con lo que fue imposible el intento, nada respetuoso, ni liberal, ni tolerante y hasta un poco criminal y bastante. Yo hablo en teoría, y en teoría de arduo cumplimiento por ahora. Yo nunca querré nada que no quieran mis conciudadanos. Hablo de un día en que el derecho de propiedad será universal no por decreto, sino porque respetuosa, mayoritaria y libremente, hayamos decidido que el paisaje es de todos y no enajenable, por ejemplo, y quizá algún monumento común del sector público.

Yo sueño con una democracia en la que los parados sean considerados titulares del derecho a la vida, como si fuesen población activa, y simplemente porque no sabemos emplearlos y porque tampoco vamos a exterminarlos lentamente, como si no fuésemos liberales con los depauperados y tolerantes con los excedentes humanos. Yo pienso en una democracia en que la fiscalidad distinga entre «rentas de vida» y rentas del papel y no tributen como si el tiempo de vivir de un ser humano y las anotaciones bancarias de papeles olvidados en un cajón fuesen lo mismo.

Y así seguiría un rato. Si yo fuese un programa político y no un

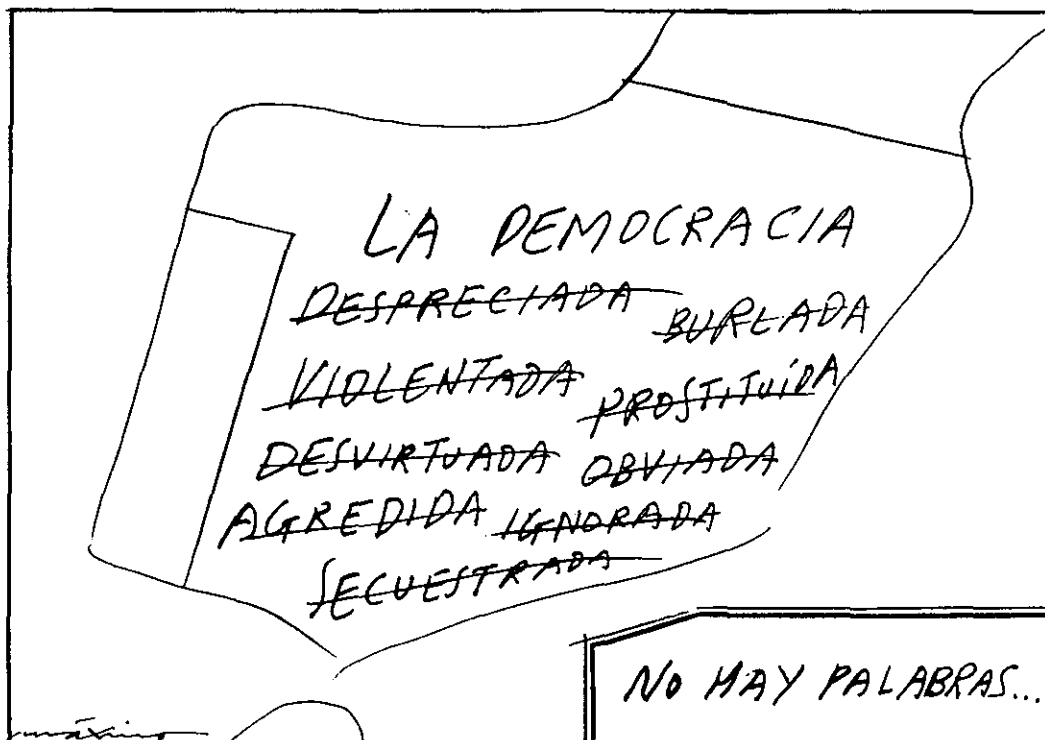
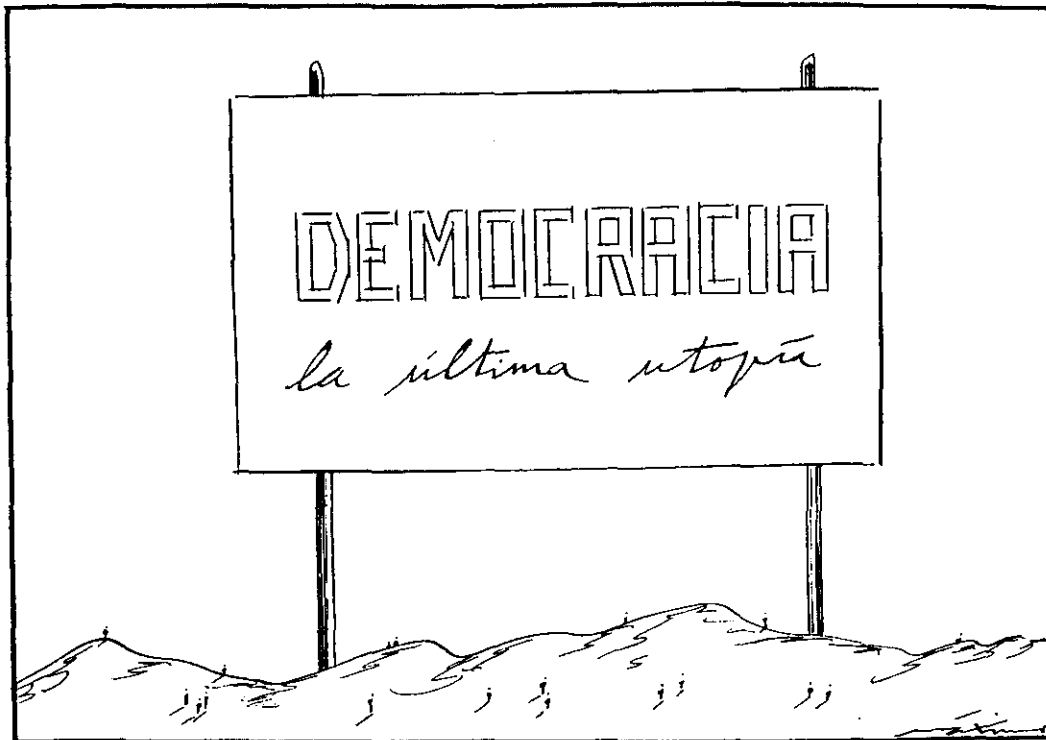
particular sujeto al reloj y al principio de Peter. Sé además que se me ha olvidado un pequeño detalle: la resistencia de materiales que suelen oponer a los idealistas sueltos los propietarios competentes de la verdad económica de la vida. Confío en que también ellos, o sus hijos, o los hijos de sus hijos, se decidirán al fin a bajar al territorio común y jugar juntos, sin gabinetes jurídicos y sin trampas, a ser demócratas de pleno ejercicio.

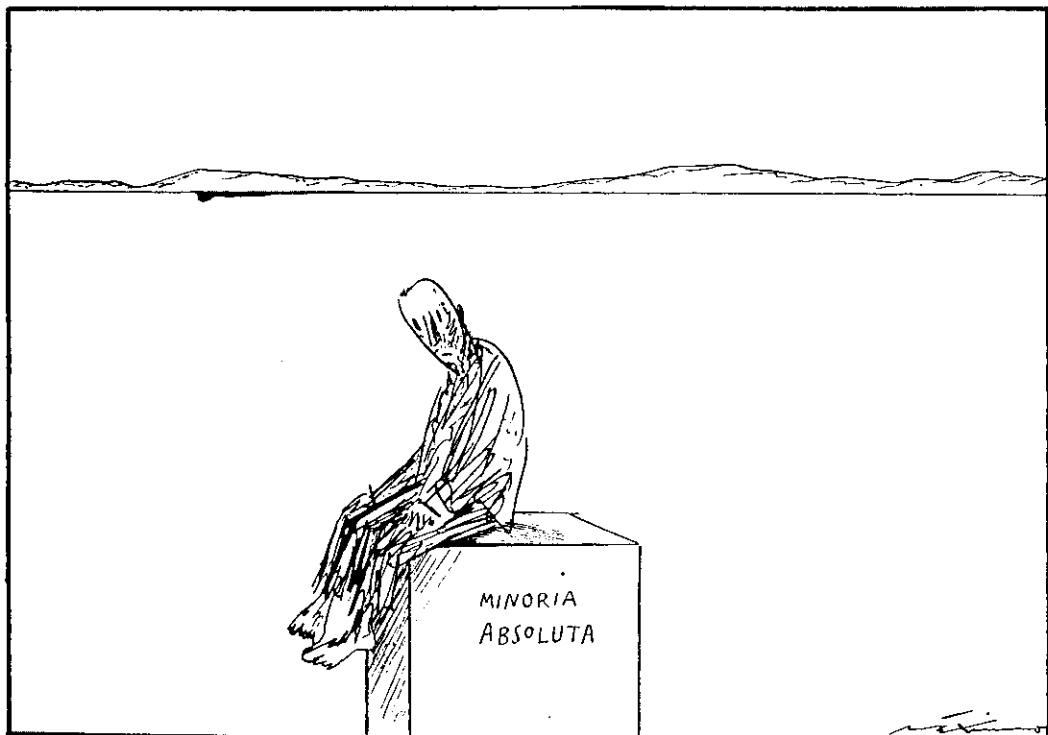
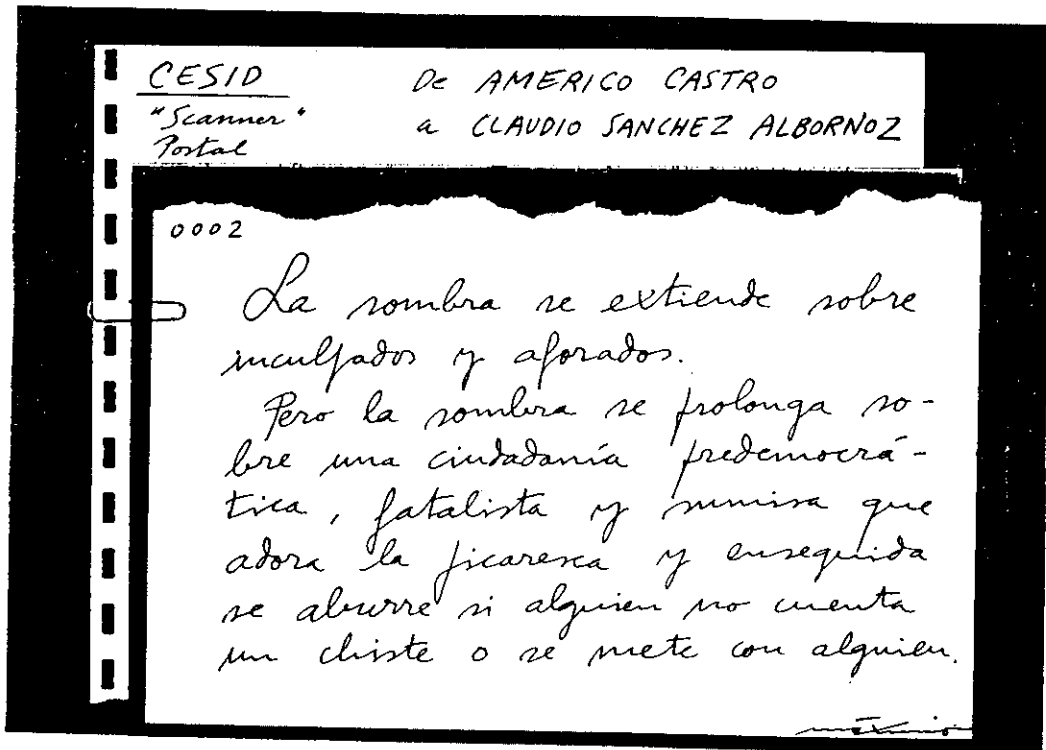
Por creer que un día los hombres se atreverán a comportarse como si fuesen iguales, con lo que conseguirán serlo, soy demócrata.

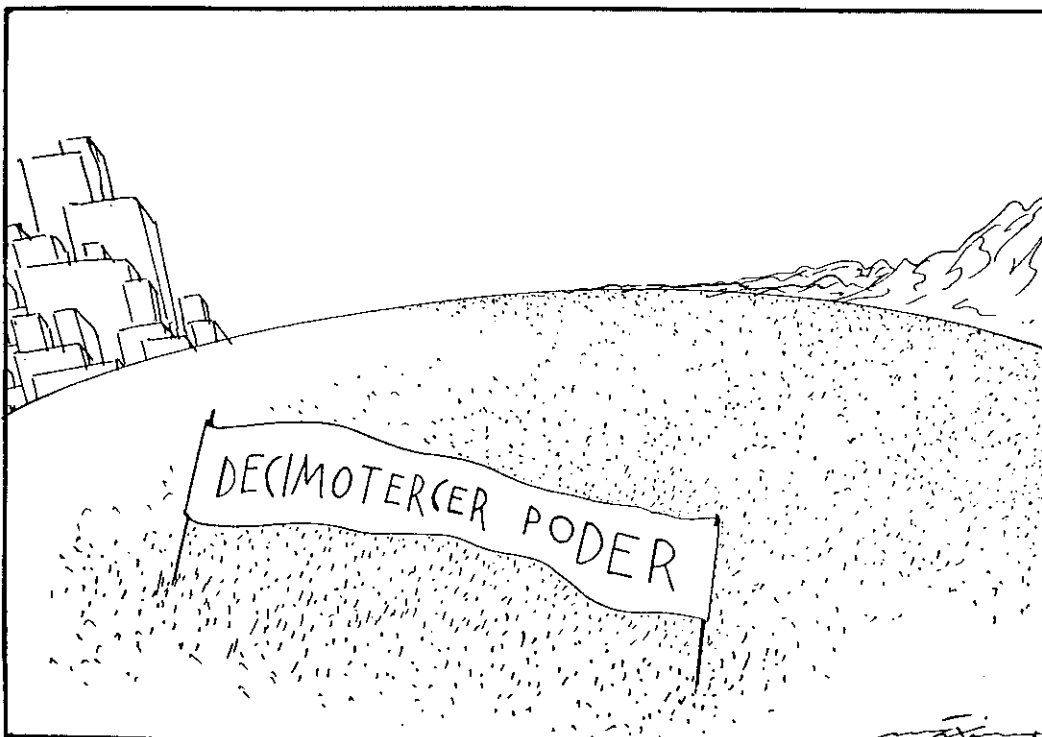
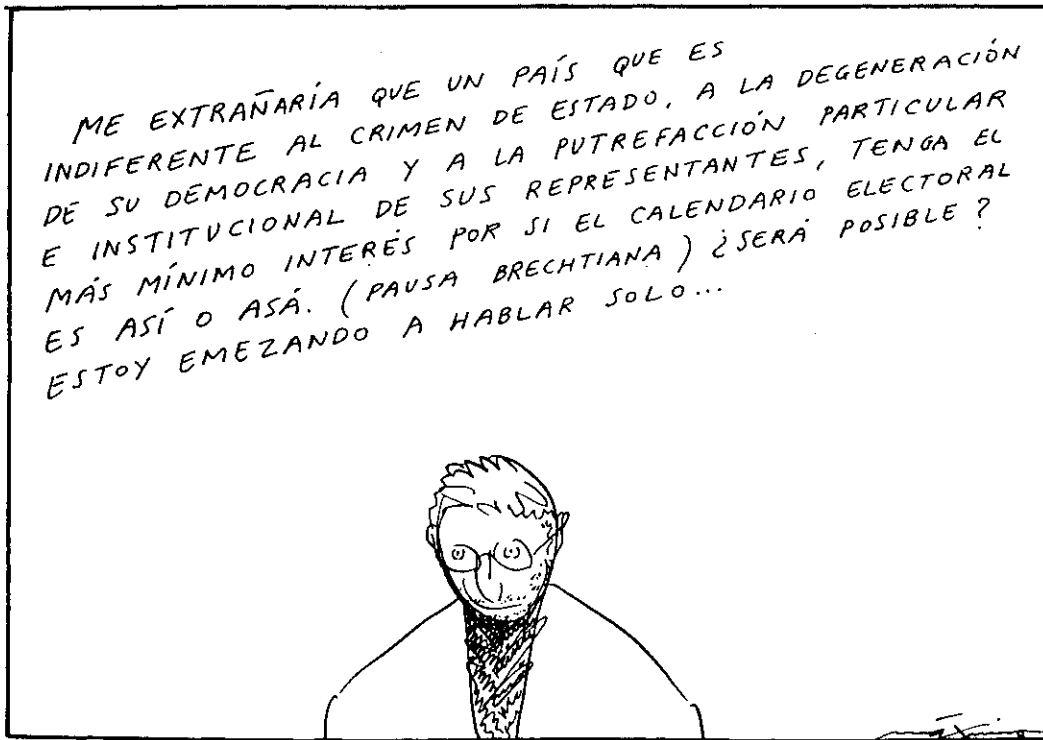
Por creer que la democracia sostenida por los demócratas es la única revolución eficaz y permanente, soy demócrata.

Porque democracia formal y democracia real serán un día una misma cosa, soy demócrata.

Y aunque nada de esto ocurra o sólo aproximadamente, creo que ya no podré ser otra cosa, afortunadamente, que demócrata.

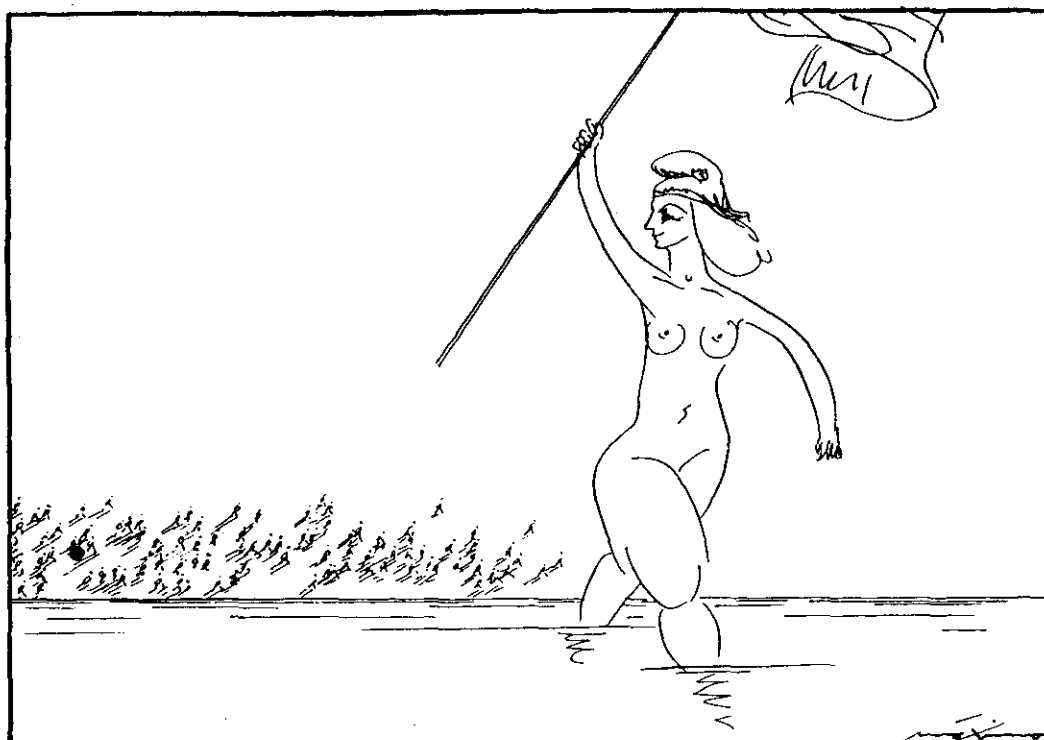








<i>Estado de la Nación</i>	<i>Análisis 2</i>
<p><u>Gobierno</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊙ FANTASMA GÓRICO. ⊙ SEMI-RESURRECTO. 	<p><u>IV</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊙ AUTOCOGITATORIA. ⊙ BINARIA.
<p><u>ALTERNATIVA</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊙ RALENTIZADA EN PUNTO MUERTO. ⊙ PIAFANTE. 	<p><u>CIU</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊙ PASADA & SENY. ⊙ EXPEDICIONARIA.
<p><u>LA NACIÓN PROPIAMENTE DICHA</u></p> <ul style="list-style-type: none"> ⊙ AMORFA, PASIVA, TERTULIADA. ⊙ PENDIENTE DE LO QUE DIGAN PAPA Y MAMÁ. 	



Manifiesto GAL

NUNCA PASA NADA Y
SI PASA ES IGUAL

PARTIDO ANESTESIADO DEL GOBIERNO
OPOSICIÓN REPETITIVA ENDÉMICA
CATALANES PRIORITARIAMENTE ECONÓMICOS
VASCOS COMO DESENTENDIDOS
AMORFO PUEBLO ESPAÑOL

Y así hasta quinientas siglas.

